

paz, á la Iglesia el triunfo y al pecador el perdon. Por esto María nos pide el homenaje, el culto y el amor que le son debidos. Mas ninguna alabanza le es más grata que la inmolation de nuestras voluntades contrarias á las de Dios; el cumplimiento de su santa ley; la práctica de la paz; las obras del amor fraternal.

¡Oh María llena de gracia! ¡María, estrella del mar proceloso en que boga el hombre combatido de las olas del primer pecado! Conoceros es la vida para el espíritu y para el corazon del pecador. Nombraros es su alegría y consuelo; y amaros será su premio y su felicidad, porque sabemos y os confesamos Hija del poder eterno, Madre de la divina palabra, Esposa castísima del amor perfecto y templo dignísimo de la Santísima Trinidad. ¡Bendita y alabada seas por todos los siglos de los siglos!.—AMEN.

S E R M O N
SOBRE LA ANUNCIACION

PREDICADO EN ZAPOPAN

EL DIA 18 DE DICIEMBRE DE 1885

POR EL
M. R. P. GUARDIAN DE CHOLULA

Fray Manuel de la Concepcion Muñoz Cano

Ne timeas Maria, invenisti enim gratiam apud Deum.

No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.

Luc., I, 30.

¿Quién me diera, señores, una lengua celestial, para hablaros del grandioso misterio que celebra hoy la Iglesia, y nos tiene congregados en el templo con un solo corazon y un voto de gratitud, por los singulares beneficios que se nos han dispensado con la mediacion de aquella Virgen pura, que ha arrebatado al mismo Dios en los más dulces trasportes de su amor divino? Porque ni la lengua de los Angeles, ni el ardor de los Serafines, inflamando á los mortales, ha podido arrancarles los elogios que merecen la hermosura y santidad, de la que, en com-

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

posicion con el Omnipotente, es la reparadora del linaje humano, y por cuyas gracias el corazon de Dios se siente enamorado y ha hecho las más singulares manifestaciones del amor que le profesa.

Es inefable á mi lengua tratar de aquel suceso en que se veía concadenada la gloria de Dios, con la desgracia de los hombres, porque la pequeñez de mi entendimiento se anonada en el océano insondable del poder y del amor divino, y cae abrumado bajo el peso de su infinita inmensidad. En el instante mismo de contemplar las maravillas del Increado, siento mi nada en el esplendor de su apogeo, y mi sér que se pierde como el átomo que vaga en los espacios.

Hablar, y hablar de un acontecimiento tan grandioso; de aquellos momentos sublimes en que el Cielo nos da lo más precioso que contiene, es decir, al Unigénito del Padre, y para darlo, enriquecernos con la presea del mismo Dios; es asunto, señores, del que no nos es permitido tratar dignamente: sí, no se puede comprender cómo ese Dios de infinita santidad desciende á nuestra nada y viste su ropaje miserable; y cómo tambien la sublima hasta lo excelso y la condecora con los esplendores de su divinidad.

A ninguno de los hombres se le ocultan las grandiosas prerogativas de María, que, aunque hija de Adán por su linaje, quedó exenta de la culpa por su origen. De la herencia de los desterrados, no debía participar la primogénita, que brotando de los lábios del Altísimo antes que todas las criaturas (1), se le confiaba una mision, que nada tenía de común con la de los otros séres; era la parte integrante en el plan divino, y en su mediacion estaban basadas las grandiosas obras de la creacion, de la reparacion del linaje humano y de la glorificacion infinita. El querer divino decretaba que ella fuese la puerta por donde el Verbo del Padre entrase al mundo para sal-

(1) Eccli., cap. 34, v. 5.

varlo, y la humanidad degradada en el Paraíso, pudiera tomar posesion de la Patria celestial. Ella era la escogida entre millares para que no se defraudasen al Eterno las delicias que se había prometido con los hijos de los hombres, y para que trajese á estos las gracias y los goces que quería comunicarles.

Mision divina, mision celestial, mision digna de ser desempeñada por solo Dios; tú vas á elevar un momento nuestras mentes y á introducir las en los arcanos de la divinidad; tú vas á ilustrarlas y á hacer que se iluminen nuestras tinieblas, para que llenos de la claridad que Dios ha querido comunicarnos, podamos ver con las luces de la revelacion á María predestinada desde la eternidad para ser Madre del Verbo Divino. Este será el asunto que nos acupe este dia. María, llamada á ser Madre de Jesucristo, en la mente divina, primera parte. María, llamada á ser Madre de Jesucristo en la tierra, segunda parte.

Ojalá y nos sea dado desarrollar y comprender tanta grandeza, para que alentado nuestro espíritu en la lucha que se ha de sostener en esta vida, nuestra esperanza nos haga prorumpir llenos de gozo con los mismos anhelos del Profeta: *Satiabor cum apparuerit gloria tua*. Me saciaré cuando aparezca tu gloria (1).

Insuficientes por nosotros mismos para adquirir semejantes conocimientos, interpongamos los ruegos de la que es la gloria de la Trinidad Beatísima y para que nos alcance los auxilios de la gracia, la saludaremos con el Angel.—AVE MARIA.

(1) Ps. 16, v. 15.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Ne timeas, etc.

Si admiramos, señores, la magnificencia y orden que reina en la creación, la variedad y muchedumbre de sus seres, la necesaria dependencia que existe en todos ellos, la diversa hermosura que los viste, la graciosa docilidad con que todos se encaminan á su fin, y la perfecta regularidad con que obedecen á las leyes que les marcó el Creador al sacarlos de la nada; como David, debemos exclamar: *Omnia in sapientia fecisti*. Todas las cosas las hiciste en tu eterna sabiduría (1).

Si examinamos cómo en el abismo de la nada se contenían la inmensidad de seres que habitan en el globo, y sobre de él, y en las supremas inteligencias sus graciosas jerarquías y diferencias, al soplo vivificador del Sér Supremo, de la existencia que tenían en la mente divina pasaron á la real; nuestro corazón, trasportado de un júbilo indecible, no cesará de repetir: *Omnia in sapientia fecisti*. Si Señor, todo lo hiciste sábiamente.

Cuando todos, atraídos de su mano bienhechora, en unisono concierto caminamos con cantares de alegría, pregonando sus misericordias y encontramos en El nuestro descanso; entonces le decimos: Aquí estamos (2).

Cuando escuchamos la voz con que nos llama, y marca su dedo providente el destino que á cada uno nos trazara, también le respondemos: Aquí estamos.

No había en el orden de la naturaleza ni cielo ni tierra, ni Jesucristo ni María, ni Angeles, ni hombres, ni ninguna de las cosas visibles é invisibles, y sin embargo todos estábamos en Dios: en su querer divino nos engendraba; en su mirada eterna nos veía, y en su penetración infinita sondeaba nuestros corazones, nos conocía profun-

(1) Ps. 103, v. 24.

(2) Job, cap. 38, v. 35.

damente y nos destinaba á cada uno una misión que debíamos desempeñar en redundancia de su gloria, y en esto obraba impulsado por su amor (1).

En el libro de los Proverbios leemos, que: “antes de todos los tiempos, cuando no aparecían los montes y collados, cuando aun no brotaban las fuentes de las aguas, cuando jugueteaba con el orbe de la tierra, tenía ya sus delicias, en estar con los hijos de los hombres (2).”

¡Ah! la prominente figura del Ungido destacaba entonces entre todos los mortales: la generación humana caída, se revestía en El de toda su esplendidez y su hermosura; El asumía para la tierra la glorificación infinita que debía de tributársele al Creador, y para el Cielo la gran responsabilidad que había contraído con la desobediencia del Paraíso.

Nada llevaba tanto las miradas del Eterno, entre todas las criaturas que concebía en su divino entendimiento, como la Humanidad Sacrosanta de Jesucristo: en El estaba la vida, y en El y para El todas las cosas debían ser hechas; mas como no había de revestirse el Verbo de la carne humana, sino en aquel modo que conviene á sus designios, de aquella Humanidad que lo transporta, ve desprenderse á la criatura que debía de dar el sér á Aquel de quien ella lo recibe.

Inseparable esta divina Humanidad de la que debía de ser su causa (3), el Padre Eterno la contempla, el Padre la ama, y el Padre también la predestina; no nada más á la gracia y á la gloria, sino al desempeño de una maternidad que es exclusiva: se le va á confiar al Unigénito, van á poner bajo su amor y sus desvelos, al que forma la alegría de los cielos, á la lumbre de la Bienaventuranza, al que es el esplendor del Padre y figura de su sustancia, y era preciso que el Generador eterno conociese á la que debía cuidar de su tesoro.

(1) Jerem., cap. 31, v. 3.

(2) Prov., cap. 8, vs. 24 y 25.

(3) Albert. Mag. super Missus est.

¿Qué advierte en ella el Dios de las bondades? Con su mirada perspicaz penetra en el corazón de esta criatura y lo encuentra adornado de indescriptibles virtudes: la ve cubierta de tantas gracias, cuantas son las estrellas de los cielos, dice A Lápide (1); y la llama antes que á todas las demás. Ven, la dice, predilecta mía, en Tí pondré mi trono, Tú serás mi Tabernáculo, e arca de la santificación de mi Verbo (2), y Ella le arranca en aquel éxtasis de amor, el fiat omnipotente de las cosas visibles é invisibles; por Ella se aduna la Trinidad en la formación del hombre y concurre toda á su creación (3), pues por Ella, cree San Isidro de Tesalónica que se dijeron aquellas palabras: "Hagamos al hombre á nuestra imagen y semejanza (4)." Al verla el Padre, exclama: "Una sola es mi amiga, mi inmaculada y mi paloma (5)." "Ven, amada mía, celebraré Contigo mis eternas delicias (6)." "Tú serás mi Hija y yo seré tu Padre (7)." "Tú, amada mía, serás para Mí y Yo seré todo Tuyo, porque Yo me apaciento entre las azucenas (8)." ¡Qué espectáculo tan magnífico debieron presenciar los cielos en aquellos instantes sublimes en que María fué escogida para dar toda la magnificencia á la estupenda obra de la Creación! Había visto el Padre, dice Santo Tomás de Villanueva, cómo sólo en María había de tener plenitud de perfección aquella voluntad amorosa de hacer al hombre á su imagen y semejanza; porque de tal manera se asemeja la Virgen á Dios, que con mutua reciprocidad Dios se ve retratado en la Virgen y la Virgen retratada en Dios (9); y un sábio escritor quiere, que aun prescindiendo de las relaciones que existen en

(1) Com., in Prov. cap. 31.

(2) A Lápide Com. in Eccli. cap. 24.

(3) Gen., cap. I, v. 26.

(4) Gen., cap. I, v. 26.

(5) Cant., cap. 6, v. 8.

(6) Osee., cap. 2, v. 19.

(7) I. Par., cap. 22, v. 10.

(8) Cant., cap. 2, v. 16.

(9) Conc., 3 de Nativit.

María con Dios, por su Maternidad divina, bastaba nada más la prevision de su inmensa santidad, para que le diera aquella semejanza de tal modo, que puesta en su presencia pudiera mirarlo sin ser oprimida de su gloria y que lo reproducía en sí misma con rasgos tan delicados y exactos que pudo merecer le dijese el mismo Dios: "Esta si se me parece y tiene mi semejanza: Esta si se me parece: Esta es mi retrato." Así lo enseña también San Isidoro de Tesalónica (1).

Pero se esconde, señores, á las investigaciones humanas lo que era María en la mente divina. La Iglesia se engalana y rebose de alegría cuando la celebra en el dulcísimo misterio de su Concepción en gracia, consecuencia inmediata de su eterna predestinación. Predestinación que era causada por la maternidad divina y la voluntad antecedente del Padre celestial, que la había visto de un mérito superior al de los mismos ángeles, digna por tanto de ser sublimada á una jerarquía exclusiva que resumiera lo que conviene á Dios por gracia, y lo que conviene á los ángeles y á los hombres por naturaleza (2).

La nada que nos caracteriza desaparece delante de Ella. Esa mirada eterna del Señor que preveía su santidad, fué, en el concepto de los santos Padres la causa moral de que Dios hubiera descubierto su omnipotencia en la formación de todos los seres; y la existencia real y efectiva de esta misma Santidad, según los mismos Padres, dió por resultado la cooperación inmediata con Dios en la reparación del mundo espiritual; obra, mucho más estupenda que la creación del mundo visible (3). San Isidoro de Tesalónica, en concierto con los Padres, dice: "En gracia de esta Virgen fué formado el hombre y se extendieron los cielos y fué producida la tierra con todas aquellas cosas que fueron hechas para el hombre.

(1) Isidor. Fesal. Serm. de Anunt. núm. 21.

(2) Id. id.—20 et Gerson Serm. de Concep. Virgin.

(3) A Lápide Com. in Esther. cap. 5.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

Porque teniendo Dios prevista la caída de Adán, nunca lo hubiera criado, si no hubiera decretado su reparación, mas el remedio de sus males pendería de aquella Virgen, siempre sin mancilla. Y así jamás habría llegado el momento de manifestarse y derramarse la bondad divina, si se hubiera dado el caso de que alguna criatura enarrase la gloria de Dios, antes que hubiera resplandecido en los ojos del Artífice, el fulgor luminoso que procedía de la plenitud de gracias de la Virgen: por lo que se ve claro que el hombre ha sido criado por ella (1)."

Nuestra vida natural y la vida de la gracia, todo se lo debemos á María, que era desde la eternidad, la causa final de la acción de la Omnipotencia; porque según los principios de la razón y de la sana filosofía, la grandeza moral de María raya en lo infinito, dice Dionisio Carturniano (2).

Como hemos visto, nada de lo que era María en la mente divina, hemos podido precisar; pero atendiendo á lo que nos dicen los Padres y las sagradas Escrituras, alcanzaremos algunas luces, que, aunque despidan débiles destellos porque no puede abarcar más nuestra pequeñez, sí, nos elevarán hasta donde nosotros no podemos penetrar. En uno de los libros sapienciales se lee que nadie puede medir la altura del cielo, la latitud de la tierra y la profundidad del abismo (3). Pues bien, María es cielo en donde reside el trono del Señor; María es tierra que nos dió el fruto bendito de su vientre; María es mar de gracias, de hechizos y perfecciones, océano de bondad y misericordia, abismo de amor y de ternura; por lo cual dice un sábio que interpela á la profundísima misericordia de su Hijo, por nosotros, cumpliéndose así aquello de David que dice: "Un abismo que invoca á otro abismo (4)."

- (1) Isidor. Fesal. Serm. de Anuntiat. núm. 22.
 (2) De Laudit. Virgin. lib. 1 a 15.
 (3) Eccli., cap. I, v. 2.
 (4) Fr. Jacinto Martínez. La Virgen María, part. 1^ª, lib. I.

¿Y quién midió la altura de este cielo, la anchura de esta tierra y la profundidad de este abismo? ¿Quién midió la inmensidad de María, exclama San Buenaventura, sino Aquel que la formó altísima y profundísima, no sólo en gracias y gloria, sino también en misericordia? (1) Y el Angélico sol de las Escuelas lo confirma diciendo: *Mensura illius est sola omnipotentia facientis*. Su medida es sola la omnipotencia de su Hacedor (2).

Pero para no fatigarnos más en investigaciones oigamos, por último, á San Juan Damasceno, dice: "Existía María en la mente divina como vergel del Padre y florido prado de toda fragancia, como noble hospedaje de la Augusta Trinidad, como tesoro del amor de Dios Padre, como su unigénita y primogénita y como Hija suya amabilísima, como tálamo del Espíritu Santo, llena de gracias, toda pura, toda hermosa, toda relacionada con Dios y como Esposa y Madre del Rey eterno (3)."

Para este fin se encaminaban los prodigios que la diestra del Altísimo obraba en Ella, y para decirlo de una vez, el Padre le da su Omnipotencia, el Hijo su Sabiduría y el Espíritu Santo su Amor (4), y revestida de estas prerogativas, en la plenitud de los tiempos aparece en el mundo y se deja ver entre los hombres. Pero esto forma mi segunda parte.

¡Cuánto no han dicho los Padres, los santos y los sábios de la Concepción en gracia de María! La Iglesia lleva como blason entre sus dogmas este dulcísimo y el Espíritu Santo ha reservado en la decadencia del mundo, en el siglo de los errores y en el que tanto se nos decantan la ilustración y el progreso, y en el que tanto imperio ha tomado la impiedad, para declararlo entre los símbolos de fe que forman el tesoro del Cristianismo.

Cuando aquella funesta caída del Paraíso, en que el

- (1) In specul. cap. 5.
 (2) In Opuscul. de charitat.
 (3) Orat. I de Nativ.
 (4) Hesiquius Episcopus Jerosolim. Homil. II de S. María.

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.